



EL
ROMPEOLAS
ANTONIO
LUCAS

Invocación de Constantino Mo- lina, parabólico

Como nació en un municipio manchego de 80,46 kilómetros cuadrados a 700 metros sobre el nivel del mar y de 346 habitantes, **Constantino Molina** escribe con ánimo universal. Escribe de las cosas que le suceden. Escribe de cuanto le

gusta. Escribe a su manera, sin la presión de las grandes superficies ni de los aforos multitudinarios ni con el afán puesto en ver sus libros agigantados en la cartelería del Metro. Constantino Molina vive en Madrid como ajuste de cuentas a su pila bautismal. Trabaja en la librería del Museo Thyssen-Bornemisza porque en su pueblo no hay museos. Y está entregado a una obsesión extraordinaria: la contemplación del edificio de la calle del Pintor Rosales número 82, desde donde se aprecia que esta ciudad tiene un cielo que no merecemos. Constantino Molina es poeta y narrador. Acaba de publicar *Niño parabólico* en la editorial Periférica y me gusta mucho leerle.

Podría pertenecer al linaje de **Ramón Gómez de la Serna**, pero tanto no le gusta

jugar. Podría estar en la órbita de **Valle-Inclán**, pero no le interesa ser tremebundo. Podría pertenecer a la oscura estela de **César González-Ruano**, pero no es un canalla descomunal. Podría estar en **Azorín**, pero es más gamberro. A lo mejor es un poco **Larra** con sentido del humor y resuelto en polizón de huecos de escalera. *Niño parabólico* es un libro entusiasta y despliega un amor a la literatura del azar y al diálogo sin fin con las cosas. Es un inventario de curiosidades, de extrañezas, de asombros, de amores del amor. Un Google Maps de cosas bien contadas a su manera. Pero sobre todo es un artefacto que nace del capricho de escribir, que en Constantino Molina se asemeja a la manía de respirar. O sí o sí. Dice que las ciudades se conocen de muchas formas y

a través de muy distintas actividades. Es del todo cierto. Una de esas maneras pasa por pasear, dejarse llevar, no tener prisa, curiosear y volver a casa para escribirlo. Cuando uno se cuenta a sí mismo las cosas que le importan o que no le interesan demasiado está haciendo testimonio y encuentra hasta motivos. Este libro de Constantino Molina aloja una gracia y una lírica y una rareza y esa difícil libertad (ahora da un poco de reparo escribir esta palabra, qué pena)... Esa difícil libertad, decía, de no tener en cuenta más que el placer de explicar lo suyo. Cuando lo leo pienso a veces: eso mismo podría haberme sucedido a mí, menos lo de beber brandy, obviamente. Qué buen relato de Madrid, cuánta despreocupación, qué derroche de alegría.